

char. Los Estados sajones declararon que no tenían confianza en el emperador; deploraron que no se hiciese la paz de comun acuerdo con todos los príncipes; en fin, opinaron que la paz, léjos de pacificar la Alemania, eternizaria la guerra, porque las potencias extranjeras no la aceptarían (1). ¿Qué se debía hacer, pues? Seguir unidos y sobre las armas hasta que el emperador vencido hubiese concedido una paz segura. Tomando este partido, los príncipes protestantes hubieran tenido voto preponderante en las negociaciones, hubieran impedido que Suecia y Francia continuasen la guerra bajo el pretexto de la libertad alemana; hubieran dictado las condiciones en lugar de consentirlas; hubieran salvado el honor y tal vez la integridad del Imperio. Aceptando la paz de Praga, poniéndose de parte del emperador, los príncipes protestantes abrieron, por decirlo así, la puerta á la ambición francesa.

Sin embargo, no es cierto que hayan abandonado fácilmente los intereses de la patria. Los plenipotenciarios de Francia en Munster tributaron á su patriotismo un homenaje de singular ingenuidad: «Los príncipes alemanes, dicen, difieren mucho de los príncipes de Italia; éstos admiten perfectamente que la Francia ocupe algunas plazas para tenderles la mano en caso de necesidad, y para tener en jaque á los españoles. Pero á los alemanes les interesa mucho más el amor de su patria, y no pueden aprobar la desmembración del Imperio por los extranjeros, sea cual fuere la utilidad que pueda reportarles, prefiriendo, mediante una política digna de aquel clima, la subsistencia de un cuerpo de que son miembros, á las ventajas que cada cual pudiera sacar particularmente de la división del imperio. Desean ciertamente recobrar sus antiguos privilegios y que la autoridad del emperador quede regulada por las constituciones del imperio, pero no quieren que estos bienes vengan á costa de la separación de parte de su Estado, ni que para tener más medios de ayudarles, los príncipes extranjeros se engrandezcan á su costa» (2). No faltaba á estos buenos sentimientos más que fuerza para hacerlos prevalecer; pero esta condición era esen-

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 676.

(2) Carta del conde de Avaux y de Servien al cardenal Mazarino. (*Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. III, 2, p. 21.)

cial; habiendo faltado ésta, como dice el plenipotenciario francés, las dos coronas extranjeras impusieron la ley en el seno de una asamblea del Imperio (1). Para obtener reparación de sus quejas, los príncipes alemanes, católicos y protestantes, se vieron obligados á alcanzar el apoyo de la Suecia y de la Francia, es decir, que á su pesar ayudaron al desmembramiento de la Alemania (2).

Hay que añadir, para ser justos, que los protestantes fueron ménos culpables que la casa de Austria y los príncipes católicos sus aliados. En el Congreso de Munster se vió á los católicos favorecer las pretensiones de la Francia; el duque de Baviera, principalmente, favoreció sus invasiones. Los católicos hicieron en Alemania en el siglo XVII lo que habían hecho en Francia en el XVI; sacrificaron los intereses de su patria á los de su religión. El duque de Baviera tenía un motivo más personal para ponerse de parte de la Francia; quería á toda costa conservar el alto Palatinado y la dignidad electoral. La espoliación del elector palatino fué una de las causas que perpetuaron la guerra; fué también una de las causas de la debilidad del emperador en las negociaciones. Por un castigo divino, el que se aprovechó del despojo se declaró contra el espoliador; el abandono de la Alsacia fué el castigo de la arbitrariedad y de la ambición de Fernando.

#### § IV.—Las potencias protestantes.

##### N.º 1.—La Inglaterra.

En el siglo XVI la Inglaterra se había puesto en cierto modo á la cabeza del protestantismo; lo había sostenido en Escocia, en los Países Bajos y en Francia. En el siglo XVII permaneció casi completamente ajena á la larga guerra que decidió el porvenir de la Reforma. Este es un testimonio de la influencia funesta que ejerce

(1) Memoria del conde de AVAUX, 11 de Febrero de 1647. (*Negociaciones*, IV, 19.)

(2) ADAMI, *Relatio historica de pacificatione Osnabrugensis*, XI, 9, p. 219; XIII, 4, p. 236.

sobre el destino de las naciones el poder real hereditario; poderosa en tiempo de Isabel, la Inglaterra cayó bajo los Estuardos en una nulidad tal, que el nombre inglés llegó á ser objeto de desprecio. Se ha elogiado á la vanidosa Isabel, pero cuando se la compara con sus miserables sucesores, es superior á todo elogio. La reina era un espíritu elevado, pero carecía de grandeza á fuerza de egoísmo; Jacobo I era un pedante que hubiese hecho un buen regente en una clase de Gramática, pero que hizo un detestable soberano. No porque haya sido indiferente á la causa de la Reforma, sino porque creía llenar todos sus deberes de príncipe protestante escribiendo folletos contra el anticristo de Roma. Tenía, sin embargo, un interés de familia y de honor en la guerra que ensangrentaba la Alemania; el elector palatino, rey electo de Baviera, era su yerno; los hijos, despojados por Fernando, eran sus descendientes. Jacobo I tenía, pues, mil razones para intervenir; la causa del protestantismo era la suya; la conservación del equilibrio europeo, amenazado por la preponderancia del Austria, era la misión especial de la Inglaterra. ¿Por qué, pues, Jacobo I permaneció ajeno á una lucha en que se agitaban los más grandes intereses de la humanidad, intereses que eran también los de la nación inglesa?

La existencia de la Reforma peligraba. Sin embargo, el rey de Inglaterra encontró en los principios de la religión que profesaba una razón para censurar al rey de Bohemia en lugar de sostenerlo: «El protestantismo, dice, no permitía trasladar las coronas de un príncipe á otro por motivos de religión; era preciso dejar á los jesuitas la funesta doctrina que autorizaba la deposición de los reyes; la Iglesia de que él era jefe, por el contrario, hacía profesión de obedecer á los señores temporales, aún cuando fuesen Turcos ó infieles» (1). Estas buenas palabras no eran más que pretextos; la verdadera razón, por la cual Jacobo I retrocedía ante la guerra, era su pusilanimidad. «La inclinación tímida del rey de Inglaterra, dice Richelieu, le hacía siempre desear la paz» (2). Cuando Fernando, abusando de su victoria, despojó al elector pa-

(1) Carta de Buckingham á Gundemaro, embajador de España. (RAPIN THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. VIII, p. 152.)

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 118.

latino de sus Estados hereditarios, Jacobo I debió intervenir; pero en lugar de intervenir con las armas en la mano, como convenia á una gran potencia, negoció, lo cual era un medio infalible de perder toda influencia, y además de ponerse en ridículo. Hicieron caricaturas del rey negociador, en las cuales se representaba á Jacobo I, ya con una vaina sin espada, ya con una espada que varias personas trataban inútilmente de sacar de la vaina. Hicieron comedias, en las cuales se burlaban del rey y de sus aliados: en ellas se anunciaba la pérdida del Palatinado, pero Jacobo I, decían, iba á recobrar la herencia de sus hijos enviando cien mil.... embajadores; el rey de Dinamarca reforzaría aquel formidable ejército con cien mil.... arenques, y las provincias unidas darían cien mil.... toneles de manteca (1).

La nación se indignaba de la cobardía de su soberano; sus pasiones religiosas, fuertemente excitadas, iban á provocar una revolución. En este estado de los ánimos, la elección del rey de Bohemia produjo un singular entusiasmo. El arzobispo de Cantorbery, haciéndose órgano de los sentimientos nacionales, pidió que en todas partes se encendiesen luminarias, que se tocasen las campanas para hacer saber á la Europa que el rey iba á sostener resueltamente la causa del elector palatino; el prelado anglicano veía en su elección la obra de Dios, y esperaba que poco á poco todos los reyes de la tierra abandonarían á la *gran prostituta* (2). La voz del pueblo era la voz de Dios. En el rey de Inglaterra estaba el consumir la ruina de la casa de Austria desde el principio de la lucha, y el asegurar al protestantismo la preponderancia, tal vez la dominación en Alemania, y por consiguiente en toda la cristiandad. La rebelión de la Bohemia y de la Hungría, la insurrección de sus Estados hereditarios pusieron á Fernando en el último trance; no faltaba más que un jefe á todas aquellas fuerzas desencadenadas. Si Jacobo I hubiera tenido el genio de Gustavo Adolfo, la casa de Austria y el catolicismo hubieran concluido. El Parlamento le ofreció subsidios, tales como nunca los había reci-

(1) RAPIN THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. VIII, p. 201.

(2) LINGARD, *Historia de Inglaterra*, t. IX, p. 280.—RAPIN THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. VIII, p. 143.

bido el rey de Inglaterra, si quería tomar parte activa en la causa de la Reforma; dijo, con sobra de razón, que el papa, unido con la casa de Austria, intentaba la destrucción del protestantismo, y que los príncipes serían arrastrados en la ruina de la fe, porque el rey de España aspiraba á la monarquía universal, así como el papa aspiraba á la dominación de su Iglesia. ¿Qué respondió el rey á estas prudentes y enérgicas observaciones? « Que el Parlamento se metía en asuntos de que no entendía y que no eran de su competencia: *ne sutor ultra crepidam*. Al rey, único iniciado en los secretos de la política, tocaba decidir las cuestiones de paz y guerra » (1).

Cárlos I continuó la política de su padre, si puede llamarse política el abandono de los más caros intereses de la nación. Seguían viéndose embajadores ingleses en Viena y en las dietas del imperio; pero aquellas negociaciones no hacían más que revelar la impotencia de la Inglaterra: burlábanse de ella en Ratisbona, dice Richelieu (2). Cuando los pueblos apelan á la fuerza, no hay más manera de negociar que tomar las armas. En realidad Cárlos I no comprendía los grandes intereses que se debatían en la guerra de los treinta años. En 1634 el canciller Oxenstiern envió á su hijo á Inglaterra para celebrar una alianza con el rey contra la casa de Austria; el rey respondió que no tenía razón alguna para intervenir en Alemania, á no ser la de restablecer á sus sobrinos en el Palatinado, que por lo demás, la guerra no le interesaba en nada (3). Hay otra razón que impidió á Cárlos I entrar en una alianza con la Suecia, y es que aquella Liga hubiera sido provechosa á la Francia; ahora bien, los Ingleses tenían contra sus vecinos un odio tan profundo que lo preferían á su propio interés (4). Pero en lugar de combatir á sus invasores vecinos secretamen-

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. IX, p. 1543; t. X, p. 373. — LEVASSOR, *Historia de Luis XIII*, t. II, p. 606-610. — RAPIN THOYEAS, *Historia de Inglaterra*, t. VIII, p. 175-189.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 286.

(3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. II, p. 381.

(4) Estas son las palabras de Villeroy en una carta á Jeannin. (*Negociaciones de JEANNIN en PETITOT*, segunda serie, t. XIII, p. 107.)

te (1), hubiera sido mejor disputarles la supremacía en el campo de batalla: una intervención poderosa de la Inglaterra en la guerra de los treinta años hubiera podido impedir el engrandecimiento peligroso que la paz de Westfalia dió á la Francia. Para esto hubiera sido necesario algo más que intrigas diplomáticas. Richelieu no tiene más que desden cuando habla de aquella deplorable política: « Cárlos I, dice, prestaba un miserable auxilio al príncipe palatino, su sobrino, más á propósito para hacerle languidecer y ponerle en estado de ser batido por sus enemigos que para ayudarle y darle medios de restablecer la partida. » Cárlos I hizo todavía algo peor: favoreció ocultamente á los Españoles por odio á la Francia. Al referir este hecho exclama el cardenal: « El rey de Inglaterra tenía más motivo que nadie para hacer la guerra á la casa de Austria; tenía menos que temer en esta guerra, y su honor estaba más interesado que el de otro cualquiera. Sin embargo, á fin de realizar alguna mezquina sórdida ganancia, se contentaba con adquirir fama de que era capaz de unirse contra su honor con sus enemigos » (2).

Es verdad que las divisiones religiosas y políticas que desgarraban la Inglaterra no le permitían desempeñar un papel importante en la guerra de los treinta años; pero ¿no se hubiera conjurado la revolución si los Estuardos, accediendo á los deseos de la nación, la hubieran lanzado en una guerra extranjera, que siendo también una guerra religiosa, hubiera satisfecho las pasiones anticatólicas que animaban á todos los partidos? La verdadera causa de la debilidad de Inglaterra en la primera mitad del siglo XVII es la oposición entre el poder real y la nación. En tiempos de la república y de Cromwell la Inglaterra reconquistó el lugar que la corresponde en el mundo político; decayó nuevamente bajo la restauración, hasta que la revolución de 1688 puso el gobierno en manos de la nación, haciendo del poder real una simple rueda en el mecanismo constitucional.

(1) Sobre las intrigas de Inglaterra en Heilbron, véanse las *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 342.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. XXX, p. 451, 528.

N.º 2.—*Las Provincias Unidas.*

La guerra de los treinta años interesaba á todas las potencias protestantes, porque era la lucha de la reaccion católica contra la Reforma; interesaba todavía más especialmente á los pueblos que tenían que temer el poder de la casa de Austria. Tal era la posición de las Provincias Unidas que en el siglo XVI se habían insurreccionado contra la dominación española. La España no había perdido la esperanza de reconquistarlas. Es positivo que si el catolicismo y Fernando hubieran triunfado en Alemania, la independencia de la joven república hubiese concluido. Este vínculo de solidaridad entre los Estados protestantes explica el llamamiento que los Bohemios insurreccionados dirigieron á sus hermanos de los Países Bajos. ¿Por qué, pues, las Provincias Unidas no tomaron una parte activa en la guerra de Alemania? No fué porque cerrasen los ojos al peligro que les amenazaba: despues de las primeras victorias del emperador, la república propuso á la Francia y á la Inglaterra una coalicion contra el enemigo comun: «El mejor medio de arruinar el poder de los Españoles, decia, era llevar la guerra á su país, como lo hizo Aníbal con los Romanos. La Francia podia atacarlos fácilmente por tierra, mientras que las flotas reunidas de Inglaterra y de Holanda devastarian las costas de España y destruirian su comercio» (1). Richelieu no acogió aquellas proposiciones; ántes de llevar la guerra al extranjero queria pacificar la Francia, desgarrada incesantemente por las revoluciones de los hugonotes y de los grandes del reino. Cuando el rey de Dinamarca, y más tarde Gustavo Adolfo, entraron en liza para defender el protestantismo, las Provincias Unidas les suministraron recursos, pero sin tomar parte directa en la guerra. Esto se concibe. Necesitaban todas sus fuerzas para sostener la lucha contra la España, puesto que ésta, al espirar la tregua, había vuelto á emprender las hostilidades. Por otra parte, la república no tenía los mismos intereses religiosos y políticos que la Suecia.

(1) LEVASSOR, *Historia de Luis XIII*, t. II, p. 760.

Los Suecos eran luteranos, mientras que el sínodo de Dordrecht acababa de consagrar el más estricto calvinismo. Divididos por las creencias, los Holandeses y los Suecos lo estaban también por la ambición; la república temía el espíritu invasor de Gustavo Adolfo.

Hé aquí por qué las Provincias Unidas permanecieron en cierto modo apartadas de la guerra de los treinta años. Sin embargo, tomaron en ella una parte indirecta que no careció de importancia. Ocupando á las fuerzas de la España en los Países Bajos, la república le impedía prestar grandes recursos al emperador. La guerra de los reyes católicos con sus antiguos súbditos era la llaga de la monarquía; Richelieu cuidó de ensancharla y envenenarla, facilitando subsidios á los Holandeses. Cuando en 1635 la Francia se decidió á romper abiertamente con España, hizo un tratado con la república para la conquista y reparto de los Países Bajos españoles. La república había incitado á la ruptura, y á primera vista parecia tener un interés capital en la expulsión de los Españoles. Sin embargo, cosa notable, se formó desde luego un partido en su seno que deseaba la paz con España, y que acabó por prevalecer sobre el partido de la guerra. Una frase atribuida al príncipe de Orange explica esta revolución. «Preveía, según decia, que su hijo no podría ménos de hacer un día contra la Francia lo que Mauricio y él habían hecho contra España» (1). Los Holandeses no temían ya á los Españoles; empezaban, por el contrario, á temer la ambición francesa; preferían, y con razón, tener por vecinos á los Países Bajos españoles que á una poderosa nación que comprometería su prosperidad comercial, y que sería un peligro hasta para su existencia.

La oposición de interés estalló en las negociaciones de Osnabrück. Con gran escándalo de los diplomáticos, se vió á los embajadores de España fraternizar con los de las Provincias Unidas. Los plenipotenciarios franceses escribieron el 14 de Enero de 1646 al conde de Brienne: «Os admiraré el saber que los plenipotenciarios de España no han sido de los últimos en presentarse en casa de los embajadores de los Estados, habiéndolos cumplimen-

(1) LEVASSOR, *Historia de Luis XIII*, t. IV, p. 803.

tado con el título de excelencia. » El 20 de Enero : « Es increíble el cuidado de los Españoles para acariciarlos y honrarlos. También los imperiales les han dado título de excelencia. » La intimidación fué creciendo : « Los plenipotenciarios españoles decían á los Holandeses que su guerra contra España era justa, puesto que estaban en armas en defensa de su libertad, pero que no eran tan torpes que quisiesen ayudar á la Francia á engrandecerse en su intermediación, donde debía inspirarles temor el establecimiento de semejante potencia » (1). El interés de los Españoles en tratar con las Provincias Unidas era evidente. No querían la paz con Francia, y Francia tampoco la quería. Por lo tanto, importaba á la Francia conservar un aliado en los Países Bajos, y España estaba igualmente interesada en quitarle esta alianza. En cuanto á la república, se hallaba dividida ; unos se inclinaban á la alianza francesa, ya por ambición de conquistas, ya por fidelidad á los compromisos contraídos y por reconocimiento de los servicios recibidos ; otros, y este era el mayor número, querían la paz, porque temían tener á los Franceses por vecinos. El plenipotenciario francés Servien escribió á las Provincias Unidas una carta muy viva contra los que abogaban por la alianza española : « Siguiendo un procedimiento que hubiera causado horror á vuestros antepasados, se predica atrevidamente entre vosotros el afecto á vuestro enemigo, y se trabaja sin disimulo para hacer sospechosa la conducta de vuestros más antiguos amigos, á fin de romper una confederación tan santamente cultivada por parte de Francia, y que ha sido la causa principal de las prosperidades que hoy rodean á vuestros negocios y á los nuestros.... Los que quieren romper la unión constante que por tanto tiempo ha durado entre vuestra nación y la nuestra, han olvidado ya que casi no hay lugar en esas provincias en que los Españoles no hayan dejado sentir su crueldad y que no haya sido teñido por la sangre que los Franceses han derramado en vuestro servicio.... » (2). Las naciones no brillan por el reconocimiento : olvidan fácilmente los servicios recibidos, sin duda porque los que los prestan nunca lo hacen sin interés. El

(1) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. III, p. 17, 18, 58.

(2) *Ibid.*, t. IV, p. 87.

temor á la ambición francesa pudo más que la fe jurada. Un anónimo respondió á Servien : « La política de la Francia es engrandecerse á cualquier precio y por cualquier medio, prefiriendo la realización de sus planes á todas las demás consideraciones.... La Francia pretende la dominación universal ; por esto continúa la guerra » (1).

Los republicanos de Holanda eran perspicaces. Apenas la guerra de los treinta años hubo puesto fin á la dominación de la casa de Austria, el vencedor se apoderó de la herencia del vencido. El joven rey, cuyos plenipotenciarios firmaron la paz de Westfalia, no tardó en vengarse cruelmente de la defección de las Provincias Unidas ; era Luis XIV. En él temió la Europa un nuevo señor, mucho más formidable que los Felipes y los Fernandos.

### N.º 3. — *La Suecia.*

#### I. — *Gustavo Adolfo.*

Las Provincias Unidas no desempeñaron más que un papel secundario en la guerra de los treinta años. A pesar de la poderosa influencia que ejercieron, teniendo en jaque á la España, el protestantismo hubiera sucumbido en Alemania, y, por consiguiente, toda la cristiandad hubiera sido dominada, si Dios no la hubiera enviado un salvador. Gustavo Adolfo es un héroe de la raza de los Alejandro ; ha conquistado las simpatías de los contemporáneos y de la posteridad. Después de la batalla de Lutzen un filósofo francés escribió estas bellas palabras sobre la tumba del héroe sueco : « Si tuviera que comparar al gran Gustavo con alguno de los primeros héroes de la antigüedad, creo que lo compararía con Hércules más bien que con otro cualquiera. César y Alejandro no han tenido más fin en sus empresas que el de la ambición de subyugar á muchos pueblos. El rey de Suecia no se ha propuesto como fin principal más que la gloria de proteger á los afligidos, de hacer bien á los que le pedían su auxilio y de reprimir el orgullo

(1) *Negociaciones secretas relativas á la paz de Munster*, t. IV, p. 95.

injusto de aquellos que querian hollarlo todo con sus piés» (1). La historia ha confirmado esta apreciacion entusiasta por medio de uno de sus más nobles órganos: «Como rey, dice *Juan de Müller*, como héroe y como hombre, Gustavo Adolfo merece un lugar entre los más grandes. Su gloria es sin mancha; la causa de que se hizo defensor le coloca por encima de Alejandro y de César» (2).

En nuestros dias se ha declarado una violenta reaccion contra el héroe sueco; del seno de la Alemania protestante, que celebra á Gustavo Adolfo como el salvador de la Reforma, han salido voces acusadoras que tratan de rebajar su gloria. El rey de Suecia ha contenido el poder creciente de la casa de Austria, y la guerra, despues de haber arruinado la Alemania, ha dado por resultado el desmembramiento del imperio: esto basta para que los partidarios fanáticos de la unidad alemana condenen la memoria del vencedor de Leipzig y de Lutzen. Ven en él un conquistador vulgar, que no se cuida más que de la gloria de las armas: en su patriotismo, un tanto brutal, no se contentan con denigrar á Gustavo Adolfo, le insultan: «¿Qué tenía que hacer en Alemania? ¿Quién le había llamado? Nadie. Aquel pretendido salvador invadió el imperio como un bandolero, á pesar de la oposicion de los príncipes protestantes que no querian su intervencion. ¿Venía á salvar el equilibrio amenazado por la casa de Austria? La monarquía universal del imperio es un sueño. ¿Venía á dar la libertad religiosa á la Alemania? Los protestantes no tenían necesidad de él para conquistarla; en todo caso es un beneficio de Dios y no un mérito del rey de Suecia. ¿Venía á salvar á los príncipes alemanes de la tiranía de Fernando? La Constitucion del imperio les daba medios de defenderse de la opresion imperial. Aquel pretendido salvador hubiera llegado á ser un señor si hubiera sobrevivido. Aun despues de su muerte, la Suecia reclamó en el Congreso de Osnabruck la tercera parte de la Alemania. ¡Dios nos libre de semejantes salvadores!» (3).

(1) LA MOTHE LE VAYER, *Obras*, t. IV, P. 1.<sup>a</sup>, p. 410.

(2) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. 13.

(3) GFRÖBER, *Geschichte Gustav Adolphi*, p. 684, 1016.—BARTHOLD, *Der große deutsche Krieg*, t. I, p. 6 y sig.—O. RAUMER, *Geschichte Europas seit dem XVten Jahrhundert*, t. III, p. 626.

Tambien nosotros decimos: ¡Dios libre á las naciones de salvadores extranjeros! Esta es la gran leccion que da á la posteridad la guerra de los treinta años. La intervencion del extranjero es siempre un mal, aún cuando el salvador se llame Gustavo Adolfo: sálvense los pueblos por sí mismos con el apoyo de Dios, que no les falta nunca, y no necesitarán que el extranjero venga en su auxilio. Esto es precisamente lo que los Alemanes no habian sabido hacer. Ante la reaccion católica, que tomaba proporciones formidables, los protestantes se habian cruzado de brazos, ó habian perdido el tiempo en discusiones teológicas que no servian más que para agriar y dividir los ánimos. ¿Qué porvenir esperaba en 1630 al protestantismo? ¿Cuál á la reaccion católica? La respuesta á esta pregunta es la justificacion providencial de Gustavo Adolfo. La reaccion católica estaba triunfante, el protestantismo retrocedia. Este hecho, que todos los sistemas históricos no conseguirán borrar, es decisivo. La Iglesia, bajo la inspiracion de los jesuitas, queria la destruccion de la Reforma; su triunfo hubiera sido la ruina de la independencia política, á la vez que de la libertad religiosa de todos los Estados protestantes. Gustavo Adolfo salvó la libertad religiosa y política de la Europa: por esto la humanidad lo cuenta en el número de sus héroes, y en vano las pasiones intentarán arrebatárle su gloria.

Se acusa á Gustavo Adolfo de haber emprendido la guerra como un bandolero, sin la aprobacion y hasta contra el deseo de los protestantes. No era esta la opinion de los contemporáneos: «El rey de Suecia, dice Richelieu, era un nuevo sol naciente..... Todos los príncipes protestantes, ofendidos y despojados, le miraban en su miseria como los navegantes miran al Norte» (1). Desde el año 1614, ántes del comienzo de las hostilidades, los príncipes alemanes le invitaron á tomar parte en la union formada para la defensa del protestantismo. Gustavo, ocupado en el Norte por la guerra con la Polonia, no pudo ofrecer á sus correligionarios más que sus buenos deseos. En 1625 los protestantes de Alemania, obligados á recurrir al extranjero, se dirigieron al rey de Suecia y al rey de Dinamarca: éste, por rivalidad nacional, se

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 119, 123.

apresuró á anticiparse (1), pero no tenía talla para luchar con un enemigo como la casa de Austria. Despues de su derrota, Gustavo Adolfo se decidió á entrar en campaña. ¿Tenía razones suficientes para hacer la guerra?

Es verdad que los protestantes no le llamaron; habian decaido tanto, y el emperador se encontraba tan poderoso, que no tuvieron valor ni para pedir socorro; fueron necesarias las victorias maravillosas del héroe sueco para inspirarles confianza. Pero ¿era necesario un llamamiento en regla para legitimar la intervencion de Gustavo Adolfo? En su carta á los electores de Alemania dice que la caridad cristiana le daba el derecho y le imponia el deber de auxiliar á los protestantes oprimidos ó despojados por el emperador (2). Ciertamente si alguna vez es legítima la intervencion, es cuando se trata de salvar su propia libertad y la de sus hermanos. Tal era la posicion de Gustavo Adolfo y de todos los príncipes protestantes ante la reaccion católica, que triunfaba bajo la bandera de la casa de Austria, y que abusaba ya de su victoria. Gran guerrero, Gustavo tenía ademas todos los instintos del gran político. Escribe á Oxenstiern: «Todas las guerras que tienen lugar en Europa no son más que una sola é inmensa guerra..... Más vale llevar las hostilidades á Alemania que tener que defenderse más tarde en Suecia» (3). Victorioso en Alemania, el catolicismo hubiera invadido el Norte; ya el emperador habia intentado destronar al rey de Dinamarca; ya se habia hecho aliado del rey de Polonia, enemigo mortal de Gustavo Adolfo, á quien disputaba el trono de Suecia. Considerando las cosas de esta manera, Gustavo Adolfo debia tomar la iniciativa para hacer la guerra en el territorio enemigo, en favor de todos los príncipes protestantes, y apoyándose en las fuerzas del protestantismo, más bien que esperar á ser atacado en Suecia. Esta era una gran política. El rey encontró resistencia en espíritus ménos elevados que no veian más que el interes del momento. Oxenstiern queria que Gustavo no tomara parte en los asuntos de Alemania, sino que continuara su

(1) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. II, p. 137 y sig.

(2) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 101.

(3) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. III, p. 150, 152.

lucha en el Norte, del cual acabaria por ser señor y árbitro. Bajo el punto de vista puramente sueco, el canciller tenía razon; pero Dios no crea los grandes hombres para encerrarlos en los límites de un estrecho patriotismo: Gustavo Adolfo conocia que tenía que realizar cosas más grandes. Oxenstiern, aunque desaprobando su proyecto, decia que era una inspiracion divina, una mision (1).

Se acusa á Gustavo Adolfo de haber reanimado por ambicion personal la terrible guerra que desolaba la Alemania. ¡Singular acusacion en boca de un historiador! ¿Dónde está el héroe, por grande que sea, que no tenga su ambicion? ¡Felices los pueblos cuando esta ambicion está en armonía con sus más caros intereses! En la asamblea solemne de los estados suecos, Gustavo Adolfo protestó ante Dios que daba principio á la guerra para librar á sus correligionarios del yugo del pontificado. Cuando el emperador se manifestó dispuesto á tratar con el rey de Suecia, Gustavo escribió á Oxenstiern que no aceptaria más paz que la que asegurase la libertad religiosa de la Alemania. «Es necesaria una nueva paz de religion, dijo.» Para conseguirla, no se le ocultaba que sería preciso estrechar de véras á Fernando y á sus aliados católicos (2). ¡Hé aquí el programa, digámoslo así, de la guerra que habia de durar treinta años! Restablecer la libertad religiosa de los príncipes protestantes y su libertad política; detener á la reaccion católica y al poder amenazador de la casa de Austria: tal era la ambicion de Gustavo Adolfo. Él mismo lo confesó en todas ocasiones y en las circunstancias más graves de su vida. Antes de la batalla de Leipzig dijo á sus oficiales «que no combatian por intereses temporales, sino por el honor de Dios y por la palabra divina, tan cruelmente oprimida por los católicos, que querian destruirla por completo.» Despues de la victoria escribió á las ciudades protestantes que le sería fácil hacer una paz ventajosa con el emperador; pero que una vocacion divina le impulsaba á no abandonar la causa del protestantismo, á la que consagraba su vida (3).

(1) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. III, p. 154.

(2) ID., *ibid.*, p. 165, 176.

(3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 206, 218-224, 305-307.

Los protestantes saludan aún hoy á Gustavo Adolfo como á su salvador. En vano los historiadores califican de tontería este culto tributado á un grande hombre; el reconocimiento de la posteridad no es más que el eco del de los contemporáneos. Los electores de Sajonia y Brandeburgo habian cedido contra toda su voluntad ante el genio del héroe sueco; sin embargo, en el primer momento despues de su muerte, la verdad les arrancó declaraciones que la historia debe consignar: confesaron que, abandonados á sí mismos, no se hallaban en estado de resistir á la casa de Austria: proclamaron que despues de Dios debian su libertad á Gustavo Adolfo (1). Estos testimonios son irrecusables. Despues de esto, ¿habrá necesidad de inquirir lo que hubiera hecho el vencedor de Fernando, si no hubiera encontrado la muerte en el campo de batalla? Los historiadores modernos buscan, con malévolá solicitud, las palabras y los hechos de Gustavo Adolfo para traslucir pensamientos que han quedado guardados en la tumba; á una voz dicen que el héroe sueco aspiraba al imperio (2). No tenemos dificultad en creer que, con el concurso de la victoria, el vencedor hubiera pensado en sustituir al vencido; ¿hubieran perdido algo la Alemania y la humanidad en cambiar un Fernando II por un Gustavo Adolfo? No plantearíamos siquiera la cuestion, á no haber sido suscitada por el gran poeta que ha escrito la historia de la guerra de los treinta años. *Schiller* opina que la casa de Austria, iniciada en las tradiciones alemanas por una dominacion secular, hubiera sido más conveniente para Alemania que el rey de Suecia. Gustavo Adolfo, dice, hubiera gobernado como conquistador en lugar de tener en consideracion los derechos de los príncipes, como un jefe que resultase de la eleccion. El historiador poeta olvida que no se distinguió Fernando II por su respeto á los derechos adquiridos: la espoliacion del elector palatino, la desposesion brutal de los duques de Mecklemburgo presagiaban al imperio la ruina completa de su constitucion, si el guerrero sueco no hubiese venido á poner término á la arbitrariedad imperial. La casa

(1) CHEMNITZ, *ibid.*, p. 293.

(2) GERÖBER, *Geschichte Gustav Adolphi*, p. 931, 932, 935, 936.—AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 321.

de Austria no conservó mejor la integridad del territorio que las leyes fundamentales que lo regian. Con Gustavo Adolfo el imperio hubiera permanecido intacto; defendia sus intereses con tanto celo como si fuese ya emperador. La Francia, que codiciaba la Alsacia, declaró al rey de Suecia que trataba de reivindicar la herencia de los reyes francos. Gustavo respondió que no habia venido á Alemania como enemigo y como traidor, sino como protector, y que no podia, por consiguiente, consentir en que se desmembrara una sola aldea (1); no quiso siquiera consentir en que un ejército frances sentase su pié en el territorio del imperio. No era Alemania, sino Francia, la que hubiera tenido que temer la grandeza del héroe sueco; así es que Richelieu se alegró de su muerte: «Con ella, dijo, queda la cristiandad libre de muchos males» (2). Para el que conoce el patriotismo exclusivo del gran cardenal, es evidente que temía para la Francia la ambicion de Gustavo Adolfo. Bajo el punto de vista frances tenia razon; pero ¿la tenia bajo el punto de vista de la humanidad?

Preguntar lo que hubiera sido del mundo occidental bajo un emperador protestante, es una cuestion bastante ociosa; pero ya que un ilustre poeta se declara contra Gustavo Adolfo, habrá que tomar su defensa, aunque sea en el terreno de las hipótesis. No somos partidarios fanáticos del protestantismo; en nuestra opinion el luteranismo intolerante que reina en Suecia no vale más que el catolicismo romano. Pero ¿es cierto, como dice *Schiller*, que Gustavo tenia las miras pequeñas de un sectario? Su vida entera prueba que, sin perder el sentimiento religioso, estaba sobre las pasiones que agitaban á sus contemporáneos. Se puede, pues, afirmar resueltamente que hubiera dado la preponderancia al protestantismo sin oprimir la fe católica; la cristiandad hubiera disfrutado un siglo ántes de la verdadera tolerancia, es decir, de la libertad de pensar. El destino político de la cristiandad hubiera sido bien diferente de lo que ha sido; Richelieu no hubiese desmembrado el Imperio, la Francia no hubiera conquistado la preponderancia que más de una vez ha puesto en peligro la indepen-

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XII, p. 337.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 272.